

NADIE CONOCE A UN ASESINO
MEJOR QUE SUS VÍCTIMAS

EL

CARNICERO

Y EL PÁJARO

ALAINA URQUHART

ALAINA URQUHART

EL CARNICERO
Y EL PÁJARO

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

1

Jeremy oye gritos por la rejilla de ventilación. Los oye, pero no reacciona. Su rutina nocturna es primordial. Las tareas cotidianas y mundanas que lo ocupan refuerzan su identidad. El simple hecho de hacer girar con dificultad el grifo antiquísimo de su ordenado lavabo empotrado lo afianza y lo centra. Termina cada noche plantado delante de ese espejo. Se acaba de duchar y después suele regalarse un afeitado lento y prolijo. Le gusta meterse en la cama con el cuerpo y la mente limpios. Procura que esos preparativos tengan lugar todas las noches, por muchas que sean las perturbaciones externas.

Hoy un alarido espeluznante lo saca de su rutina. Jeremy estudia su rostro en el espejo y nota que la rabia empieza a enredársele en los sentidos, que lo inunda como una podredumbre invasora. Los gritos casi rítmicos procedentes del sótano no lo dejan pensar. Odia el ruido desde que tiene uso de razón. De niño, siempre que se encontraba en medio de una multitud bulliciosa,

sentía que su entorno lo acorralaba y lo ahogaba igual que una planta trepadora. Ahora el único alboroto que ansía es el del pantano, cuya sinfonía de criaturas lo relaja del mismo modo que lo haría una manta calentita. La de la naturaleza siempre es la mejor banda sonora.

Trata de ignorar los gritos. Su rutina es sagrada. Suspira, se recoloca un mechón de pelo rubio algo desplazado y enciende el transistor que tiene junto al lavabo. Aparte de en la naturaleza, solo encuentra paz en la música. Se prepara para el consiguiente alivio, pero estalla por los altavoces «Hotline Bling», de Drake, y Jeremy apaga la radio de inmediato. A veces le parece que nació en la generación equivocada.

Se limpia despacio la sangre y la porquería de las manos, procurando abstraerse de los lamentos que se cueñan ruidosos por la rejilla de la calefacción. Se escudriña el rostro en el espejo. Le da la impresión de que sus pómulos son más prominentes cada año, una consecuencia inevitable del envejecimiento que encuentra extrañamente satisfactoria y que agradece. Muchas personas equilibradas admiran un cráneo bien esculpido. La mayoría ni siquiera entiende lo inquietante y primitiva que resulta esa fijación en concreto. Casi nadie quiere reconocer el lado salvaje de una psique que se forjó hace millones de años a partir de la necesidad de supervivencia, a menudo brutal, de sus ancestros. Esos son los rasgos que la evolución ha considerado útiles. Solo que la gente es demasiado estúpida para comprender que sus propias

predilecciones ponen de manifiesto un acervo genético enraizado en la brutalidad.

Él no tiene precisamente el aspecto de alguien enredado en la depravación. Parece inocuo y, en ocasiones, del todo íntegro. Por eso todo funciona. Hay una planta llamada *Amorphophallus titanum* a la que se conoce como «la flor cadáver». Es grande, hermosa y no dispone de ningún mecanismo externo que pueda indicar peligro. Sin embargo, cuando florece, cada diez años o así, despide un hedor similar al de la carne podrida. Aun así, sobrevive. Prospera. Él no es muy distinto de la flor cadáver. La gente se siente atraída por esta planta curiosa que, a pesar de sus peculiaridades, logra despertar admiración.

Mañana es jueves. Le repatea oírsele decir a otros, pero el jueves es su viernes y, por suerte, ha podido tomarse los viernes libres desde que empezó su segundo año en la Facultad de Medicina de la Universidad de Tulane, en Luisiana. Aunque ese día tenga que aguantar alguna clase, el viernes empieza su fin de semana, que es cuando más trabajo adelanta. Está emocionadísimo porque este finde tiene planes de verdad para sus invitados actuales. Claro que la ejecución plena de esos planes dependerá de que sea capaz de añadir otro invitado al grupo.

Seguro que Emily se suma. Lleva semanas estudiándola, desde que hicieron tándem en el laboratorio de Biología, y está convencido de que le aportaría el estí-

mulo que tanto anhela. Emily sale a correr varias veces por semana y no parece que coma porquerías, así que tendrá aguante. Vive con otras dos chicas en Poncha-toula, donde tienen alquilada una vivienda antigua e inmensa fuera del campus. Salvo por su empeño en sincerarse en exceso con su nuevo compañero de laboratorio, es competente, autosuficiente e inteligente, cualidades que le vendrán bien para el juego que le tiene preparado. Sus compañeros de fatigas también aportarán lo suyo, aunque, con el tiempo que llevan encerrados en su domicilio, quizá no les queden fuerzas para todas las actividades que él tiene previstas este fin de semana.

Sus otros dos invitados llevan ya mucho trote desde que llegaron, el sábado pasado por la noche. En el Buchanan's consiguió entablar conversación con ellos sin preparación previa. Jeremy solía estudiar con calma a sus candidatos, como había hecho con Emily, pero aquellos dos le llovieron del cielo, como si el universo le estuviera pidiendo que sacara la basura. Y eso hizo, claro.

Katie y Matt son de lo más vulgar. Carecen de pensamiento crítico y no tuvieron inconveniente alguno en seguir a su casa a un desconocido de buen porte con la sola promesa de drogas. Ahora saben que cometieron un error. Vuelve a oír un gemido de angustia por la rejilla de la calefacción y empieza a perder la paciencia.

Abandona su ritual nocturno y baja corriendo al sótano, donde se alojan sus invitados. Los sollozos de Ka-

tie se convierten de inmediato en alaridos y su cuerpo menudo se retrae cuando él se acerca.

—Olvidas que te hospedas en casa ajena —le dice mirándola a sus ojos pardos.

Es una mujer corrientísima. Con la sangre seca, el pelo castaño sin vida se le pega al cuello como cola de carpintero. Tiene pinta de pobre, por mucho que se empeñe en disimularlo. Esos diente-cillos de rata podrían ser encantadores si la tipa no fuese tan rematadamente boba. Cuando la abordó en el bar, estaba obsequiando a Matt con una anécdota de sus días de animadora en el instituto, una batallita penosa que resultaba poco creíble teniendo en cuenta su forma física actual. Le recoloca las ligaduras que la sujetan a la silla y comprueba que el suero conectado a la vía le está hidratando bien el organismo. La goma no está retorcida y la botella sigue casi entera.

—Matt está siendo respetuoso; aprende de él, Katie —le dice con una amplia sonrisa, señalando el cuerpo quedo e inmóvil de su compañero, derrumbado en la silla a su lado.

Los dos saben que, en la anterior visita de Jeremy al sótano, Matt perdió el conocimiento, probablemente de la impresión. Katie empieza a llorar como una loca y él la mira hastiado. Esa mujer está poniendo a prueba su nobleza, pero lo que más lo asquea es su desesperación. Se planta con sigilo a su lado, en la oscuridad, y pulsa el botón de reproducción del altavoz portátil instalado en-

tre las dos sillas. Inunda la estancia «A Girl Like You», de Edwyn Collins. Sonríe para sí. Por fin un sonido decente.

—Bueno, esto está mucho mejor —dice meciéndose al ritmo de la música y dándole a Katie ocasión de recomponerse.

Al final del segundo estribillo, ella empieza a gimotear. Sin pensárselo dos veces, Jeremy agarra los alicates que hay detrás de la silla y, con un solo movimiento rápido, le arranca de cuajo la uña de color rosa pútrido del pulgar izquierdo. Luego le agarra con fuerza la cara en pleno grito para acercársela a la suya.

—Un solo ruido más y empiezo a arrancarte los dientes —la amenaza—. ¿Entendido?

Ella no es capaz más que de asentir con la cabeza y él lanza los alicates al rincón y, guiñándole un ojo, sube la escalera.

No vio mucha clemencia en su infancia. No vio mucho de nada. Su padre era un hombre justo pero duro que esperaba cierto nivel de sumisión, tanto de su mujer como de su hijo. Si lo encontraba de buenas, su metódica instrucción le permitía adquirir aptitudes y lecciones para toda la vida. Su progenitor era mecánico aeronáutico y se ocupaba del mantenimiento de varias aeronaves. Aunque para ello no hubiera precisado formación académica oficial, al joven Jeremy lo enorgullecía que su padre trabajara con aviones y andaba siempre deseoso de acercarse a uno de los inventos más impor-

tantes de la humanidad. Pero, cuando su padre estaba de malas, Jeremy era objeto de humillaciones sin paliativos.

Aun consciente de los cambios de humor de su padre, Jeremy esperaba ilusionado a que volviera del trabajo todos los días. No hacían gran cosa juntos, pero justo eso era lo que más valoraba. Después de pasar el día entero con su madre, disfrutaba de aquel silencio agradable que se hacía entre los dos mientras veían algo en la tele antes de irse a la cama. Su madre tan pronto lo ignoraba por completo como lo colmaba de atenciones, como si no fuera capaz de dosificar su afecto. Siempre era o bien demasiado o bien demasiado poco.

Los libros, alivio constante del proceder caprichoso e impredecible de sus padres, mantenían centrado a Jeremy. A los siete años todavía no había empezado el colegio. Aun siendo descuidada, cada equis días, su madre lo llevaba a la biblioteca de St. Charles Avenue. Solían ir entre semana, mientras su padre estaba trabajando. Por entonces, Jeremy aún no sabía que su madre se llevaba a la biblioteca a su único hijo para poder seguir viéndose con uno de los bibliotecarios, pero procesó la enseñanza sobre el engaño que aquellas escapadas le proporcionaron. Aprendió temprano que jamás debía contarle a su padre que su madre lo dejaba deambular solo entre los libros mientras ella se retiraba a un cuartito con el señor Carraway. Y, lo más importante, aprendió a robar. Se llevaba libros a casa, metidos en el abrigo o en la mochila, porque no se fiaba de pedirle a su madre que los saca-

ra en préstamo por él. Ahora Jeremy está casi convencido de que los empleados hacían la vista gorda por pena, pero en aquel entonces se sentía como si perpetrara un atraco cada semana.

De vez en cuando, la señorita Knox, una de las bibliotecarias, intentaba conversar con él. Un día que se atrevió a preguntarle si iba todo bien en casa le tembló la voz de preocupación. En vez de contestar, Jeremy le pidió un libro sobre lobotomías. Aquel anticuado procedimiento médico y su más ferviente defensor, el doctor Walter Freeman, lo tenían embobado. Durante el fin de semana, su padre había estado viendo la repetición de un documental titulado *Mentes fragmentadas*, un análisis brutal del sistema de salud mental en el que se destacaba un método para la lobotomía de pacientes diagnosticados de numerosas dolencias, sobre todo esquizofrenia, que consistía en cercenar el circuito o la red de circuitos que se creía que eran responsables del comportamiento atípico del paciente.

La lobotomía prefrontal del doctor Freeman fue lo que más lo cautivó. El sobrenombre de «lobotomía del picahielo» era extraordinariamente sugestivo. Evocaba imágenes de un cirujano inmaculado, torturado por el deseo de explorar la mente de los enfermos psiquiátricos. Más adelante, en ese mismo 1992, le asqueó comprobar el descuido con que empleaban el término en las noticias cuando hablaban del método que el asesino en serie Jeffrey Dahmer usaba para someter a sus víctimas.

Dahmer era tan lerdo que creía que podía hacerse sus propios zombis inyectando productos de limpieza y ácidos en el cerebro de sus víctimas. ¡Menuda idiotez! Llamar «lobotomía» a lo que hacía era como decir que Ted Bundy «salía con chicas». El doctor Freeman debía de estar revolviéndose en su tumba.

Jeremy era un crío que ansiaba conocimiento y, como sufría una carencia crónica de estímulos, saciaba su propio apetito con la experimentación. El consejo que su padre le había dado de niño le resonaba siempre en la cabeza: «Cuando quieras saber cómo funciona algo, hijo, destrípalo».